

## EXTRAVÍOS Y RETORNOS

Antonio GAMONEDA

*A Tía Blesa, homenaje a su inteligencia generosa y felicitación por su acceso a un descanso que será creativo. Con mi gratitud y un abrazo fraterno.*

Estoy cansado. No sé de qué y no quiero saberlo. Estoy solo y he escuchado una sílaba. La sílaba ha dicho *no*.

Yo no la he pronunciado, nadie la ha pronunciado.

Quizá existe por sí misma.

Lo desconocido se abre a la metempsicosis, al parecer; la inteligencia prefiere el error, el odio o la depredación. Por su lado, la verdad es improbable.

No es negatividad; ocurre que la verdad excede los significados y se excede con frecuencia a sí misma. Cabe también recordar que la lucidez está objetivamente vacía.

Y yo,

yo puedo estar en vena de humor, o de disciplina, quien sabe. En el primer caso, la vena

habrá sido

previamente

estrangulada.

Ahora estoy escribiendo.

No se escribe la vida; se vive la escritura y no siempre.

Espero que nadie me pregunte qué hacen aquí estas acotaciones precediendo a textos en los que habría de aparecer la especie poética. No voy a contestarle.

Yo he agotado mi vida. Es así y no entraré en detalles. Estoy cansado pero no voy a darme por ello a los antojos fúnebres o a entretenerme con las farsas de los desolados ociosos.

Yo tengo mis farsas y mi desolación es otra.

Hubo un tiempo en que retuve largamente sus manos y respiré su aliento. Su aliento disimulaba un abismo. ¿Era mi abismo?

Podría extenderme y hablar de abismos; quizá lo haga pero no es muy interesante: las palabras no significan, fingen los significados.

Decir “te amo”, por ejemplo, es irreparable: conviertes tu amor en palabras insignificantes.

Así es la cruda semántica, sólo se satisface a sí misma, lo cual,

bien considerado,

no es poco.

Pero yo necesito desconocer, respirar, extraviarme en su aliento. Sería un despojo confiar esta necesidad a las palabras. Sin embargo, yo quiero vivir en las palabras.

De esta contradicción voy a salvarme; nada me obliga a ser coherente. Además

debo atender a otros asuntos.

Me he puesto a pensar sin apenas deliberación. Generalmente pienso cualquier cosa; pienso, es un decir, en las abejas unánimes; en la reina fecunda y en los zánganos agonizantes, en su multitud viviendo en una sola existencia.

Pero hoy no; hoy es un falso aniversario.

Hoy me he preguntado y he retirado las preguntas para que no hubiese respuestas. Sucede también que estoy solo, especialmente solo.

Solo y alcoholizado por mis propios espíritus, a punto de hablar de desapariciones y de abismos que desconozco. He pasado también horas buscando en la sombra arterial; contando los ateromas ocultos en la sombra arterial. Después he valorado mi pretérito.

O mi porvenir, no estoy seguro. En cualquier caso, es una estimación irrelevante.

Yo nací en un desconocido que casualmente era yo. A causa de esta mínima cosmicidad (una impertinencia, bien mirado) estoy reducido a mí, desconociéndome, apenas viviendo. ¿Qué es esto?

Cualquier día van a cesar –ya están cesando, me parece– estos pequeños accidentes, mientras tanto, me fatigo en un dudoso ejercicio: busco a otros en mí.

Con escasos resultados.

Tengo dicho que *vivir es ir de la inexistencia a la inexistencia*. Un itinerario consabido, ningún descubrimiento. También suelo decir que *la vida no ha de ser demasiado distinta de la muerte*.

Supongo que esta previsión no es más que una desamparada hipótesis.

Amelia,

atendiendo a esta cábala o a otra semejante, suele hacerme admoniciones:

*Vas, vienes, te extravías. Vuelve al pensamiento impensado; a la estulticia feliz, a aquella precisión imprecisa que se dice a sí misma, sólo a sí misma.*

Recuerdo haber escrito hace años mi voluntad de *comprender todas las cosas / como se comprende un fruto con la boca, / una luz con los ojos*. ¿Es ésta la feliz estulticia?

No sé. En cualquier caso,

tiene razón Amelia. Ella sabe del saber y del no saber, tiene razón. Yo, sin embargo,

ebrio de lucidez, niego y afirmo, y así, necesariamente, nada es verdad y todo es cierto. Todo es certidumbre vacía.

No tengo razón y no me importa tener o no tener razón. No obstante, he vuelto, no sé, no es un lugar; quizá he vuelto a mi juventud, no es seguro. Sea mi juventud. He vuelto a un jamás disfrazado de instante.

Llamé y nadie respondió con lengua jubilosa. Cualquier lengua habría sido buena: mi juventud fue un error; un error vacío.

Quise abandonar al error pero el error no me abandonó a mí. Volví una vez más a mis asuntos.

Volví extraviado antes de ir y después de volver y extravié también mis desventuradas vértebras (lean vertebración, si lo prefieren). Luego quise liberarme de algo sin saber de qué y sin saber qué era la libertad,

pero me descuidé puliendo letras en marfil frenético, rectificando los argumentos de mis sueños.

He dicho mis sueños.

A veces sueño una cárcel. No parece mi cárcel pero podría serlo. Hay gran variedad de cárceles; es una cultura fascinante y fascista. Sí, estoy soñando una cárcel.

Voy a entrar a ella; no sé a qué pero es urgente. Estoy abriendo sus puertas.

Ya he entrado y ahora sueño su oquedad: las celdas vacías, los patios silenciosos; es extraña esta cárcel.

Pero me abandono a la oquedad, necesito descansar.

Ah extravía insomne, he despertado. No supe que despertaba: la luz me invadió sumido aún en la suavidad de los sueños, ah extravía insomne,

no era una cárcel; no era un lugar ni un error, era la imposibilidad.

Y la imposibilidad soy yo.

Yo mismo soy cuanto me niega. He vuelto a donde no estuve nunca: he vuelto a mí.

Yo soy la negación. Soy también la prisión y el prisionero. No hay nada más que ver o  
soñar. Estoy  
muy cansado.

De *La prisión transparente*, fragmentos. Collage  
de distintas versiones y nuevos textos.

TROPELIÁS